

CUANDO EL TIEMPO SE LLAMA ETERNIDAD

ALFONSO NIETO ■ *Por olvidar esta realidad, a veces los hombres no entendemos que el tesoro del tiempo rinda frutos inesperados, haga “antes, más y mejor” —como gustaba repetir Mons. Escrivá de Balaguer— lo que a juicio de algunos ‘debería’ salir después, menos y peor*

Escribir a impulso de la gratitud es recordar con afecto la deuda que se tiene. Entre las enseñanzas de Mons. **Josemaría Escrivá de Balaguer** quiero ponderar ahora una con especial significación en el trabajo universitario: el sentido del tiempo. El Fundador del Opus Dei me enseñó a valorar el tiempo, el “tesoro del tiempo” (El 9 de enero de 1956, fecha en que cumplía 54 años, Mons. **Escrivá de Balaguer** pronunció una homilía a la que puso por título “El tesoro del tiempo”. Cfr. *Amigos de Dios*, 39 a 54).

A no pocos de nuestros contemporáneos les asusta contar los años desde su nacimiento, e ignorar hasta cuándo podrán seguir la cuenta. Esa angustia se supera en la paz de la visión cristiana del tiempo, maravillosamente enseñada y vivida por el Fundador de la Universidad de Navarra. Las dudas ante el sentido del correr de las horas quedan disipadas al comprender que



el tiempo es un “tesoro de Dios” (“¡Qué pena vivir, practicando como ocupación la de matar el tiempo, que es un tesoro de Dios!”. Cfr. *Amigos de Dios*, 46). Compartir ese tesoro es divinizar el calendario, llenar los días con alegre servicio, gozar de la verdadera libertad. Entonces no “existen fechas malas o inoportunas: todos los días son buenos, para servir a Dios” (Cfr. *Amigos de Dios*, 52).

Desde el día dos de octubre de 1928 —cuando Dios le hizo ver el Opus Dei— hasta el veintiséis de junio de 1975 —cuando Dios le otorgó la bienaventuranza—, animó a buscar la santidad en las ocupaciones ordinarias, en los trabajos corrientes de los ciudadanos. Procurar esa forma de vida es meter a Dios en el tiempo, mejor diría, consumirlo haciendo divinos los instantes humanos. Se entiende que escribiera: “no nos debe sobrar el tiempo, ni un segundo: y no exagero” (Cfr.

Amigos de Dios, 42).

“Antes, más y mejor”

Dilatar el trabajo y perder el tiempo es malbaratar un regalo de Dios, abrir la puerta a la tristeza o la intranquilidad (“La tristeza y la intranquilidad son proporcionales al tiempo perdido. —Cuando sientas impaciencia santa por aprovechar todos los momentos, la alegría y la paz te colmarán, porque no pensarás en ti”. Cfr. *Surco*, 510). Aprovechar el tiempo es asomarse a la Eternidad. Quien gane tiempo por el trabajo intenso y puntual, hecho cara a Dios, multiplica las horas en días, convierte el paso de los años en crecimiento de juventud, percibe en el alma al pajarillo de la Cantiga CIII de **Alfonso X**, el Sabio, componiendo con su trino una melodía de tres siglos: “Como Santa María feze estar o monge trezentos anos ao canto da passarya, porque lle pedía que lle mostrase qual era o ben que avían os que eran en Paraiso”.

La voluntad de Dios no se acota en nuestra agenda. Su reloj marca siempre la misma hora: Eternidad. Por olvidar esta realidad, a veces los hombres no entendemos que el tesoro del tiempo rinda frutos inesperados, haga “antes, más y mejor” —como gustaba repetir Mons. **Escrivá de Balaguer**— lo que a juicio de algunos ‘debería’ salir después, menos y peor. La pereza y la envidia siempre han recelado de los tesoros; quizá por eso, lamentablemente, aparecen los controladores del tiempo de Dios. Paciencia. A seguir en la serena alegría del trabajo para poder contagiar paz.

El diecisiete de mayo de 1992, en la romana plaza de San Pedro, el Papa **Juan Pablo II** —regalo de Dios a nuestro tiempo— proclamará Beato a **Josemaría Escrivá de Balaguer**. Muchos estaremos allí para revivir una porción de tiempo que se llama Eternidad. ■

